

la cañonera, por tierra, más á lo lejos, se hacía oír el rumor de los pasos de una tropa en marcha.

Jiménez y X..... se miraron sin decirse una palabra.

A poco rato, cuando aún se oía á bastante distancia el rumor de la infantería, apareció primero la columna de negro humo que denunciaba la aproximación de la cañonera: el ruido de la hélice era mucho mayor, lo cual indicaba que batía las aguas á poca profundidad: luego apareció el bauprés con oficial que iba sondeando el río; y cuando se descubrió por completo el buque, podían contarse las gentes que iban sobre cubierta. Un vigía estaba apostado en la cofa superior del palo mayor, y en las otras, infantes de marina vigilaban el lado de tierra.

El ruido que hacían los egipcios era más perceptible, y Jiménez, sin cambiar de postura, dijo á su compañero en voz baja:

—Podemos irnos ya; dentro de un cuarto de hora nos habrán alcanzado si permanecemos aquí, y no tenemos otra cosa que hacer que no dejar que nos echen mano.

—Vámonos.—Contestó secamente X....., sin hacer objeción alguna.

Pero en los momentos de ponerse en marcha les llamó la atención un ruido sordo, seco, estridente que partía del río, como si de repente se hubiera roto un resorte de gran potencia, y ambos volvieron la vista á la cañonera. Esta estaba inmóvil, y la tripulación se movía precipitadamente de uno á otro lado sobre cubierta. El silbato del Contramaestre se hizo oír mandando una maniobra, é instantáneamente dejó de salir humo por la chimenea y se vió escapar vapor por ambos costados del buque.

Había embarrancado en un pequeño bajo del torno de Zopelican.

En estos momentos también los caballos de los dos oficiales se encabitaron á la vez sobre las patas traseras con un movimiento de espanto, tratando de retroceder del montícu-

lo. Ambos ginetes, sorprendidos, inclinaron la vista hacia la tierra para buscar la causa de aquel inesperado movimiento. Entonces fué cuando notaron la presencia del indígena que los había seguido desde su llegada; pero era tal el terror que se pintaba en su rostro, que no pudieron menos que asombrarse también.

—¡Un negro..... con fusil..... y gorro..... colorado!—tartamudeó al fin, pudiendo apenas respirar y señalando con trémula mano á lo largo del camino.

El Comandante y el Capitán siguieron la dirección que el indillo indicaba, y á su vez tocóles su turno de asombro: aunque bastante lejos, ambos pudieron ver un jinete que á media rienda avanzaba hacia ellos, teniendo todas las apariencias de un egipcio ó de un argelino: traía un fusil á la espalda.

El efecto fué inmediato.

X..... y Jiménez bajaron al terreno plano y echaron pie á tierra. No veían al inesperado huésped, pero no les era dado retroceder sin exponerse á ser fusilados por la espalda, pues era seguro que los alcanzaría aquel jinete y los más que suponían vendrían con él: no podían tampoco bajar al río, ni menos internarse en el monte bajo que tenían á su frente, aun cuando abandonaran sus cabalgaduras, porque era demasiado cerrado, y serían alcanzados de todas maneras antes de ponerse fuera del alcance del tiro del enemigo.

La situación era desesperada de momento.

El jinete reapareció de nuevo, moderando el paso de su caballo, y volviendo la cabeza hacia atrás, como si esperase la reunión de sus compañeros. Esto determinó la actitud de los dos oficiales.

—¿Cuántos tiros tienes en la pistola?—preguntó Jiménez á X..... con la sangre fría y mesura que en él eran características.—Yo estoy completo y tengo además el del rifle.

—Pues estamos iguales—respondió X.....—Los caballos nos servirán de parapeto;—prosiguió después de haber saca-

do su rifle del carcax—y lo que es *ese* puede darse por muerto luego que se ponga á tiro.

—Siempre *despacharemos* media docena de negros cuando menos que irán á revivir á su tierra,—replicó Jiménez—y esos llevaremos de ventaja cuando nos toque caer. En guardia pues, y veamos lo que sucede.

Se apretaron la mano, y atravesando sus caballos sobre el terreno, se prepararon á recibir á los contrarios, no sin notarse que estaban conmovidos.

El lance no era, ó parecía no serlo, para menos. Una muerte segura en perspectiva.

## XXII

El ginete avanzaba lentamente, y empinándose sobre los estribos, parecía que trataba de explorar el río, lo que no era posible por hallarse el camino más bajo que el cantil: por lo demás, no daba indicios de haber visto á los dos amigos aunque ya se encontraba á tiro de fusil. X....., con mano firme, le apuntaba, sirviéndole de mampuesto la silla de su caballo, cuando Jiménez, que no quitaba la vista del que parecía un egipcio detuvo el movimiento del rifle al bajarlo X..... para asegurar el tiro.

X..... se volvió sorprendido hacia él.

—¿Qué sucede?—le preguntó medio amostazado.

—Que no es egipcio—respondió Jiménez—y viene solo: mejor hagámoslo nuestro prisionero.

X..... bajó el arma, puso el gatillo en el seguro, y echó mano á la pistola, lo cual había hecho ya Jiménez.

—¿Quién vive!—gritó éste con formidable acento, saliendo enteramente al camino, y apuntando al ginete.

—¡República! ¡Acuña!—contestó el ginete, deteniendo su caballo.

—¡Es Carbajal!—exclamaron al mismo tiempo X..... y Jiménez.

—¡Es el Comandante militar de Acuña!

Y corrieron á su encuentro dejando los caballos al cuidado del indio que todavía estaba más muerto que vivo.

El ginete, que había echado mano de su fusil al ser sorprendido por la pregunta de Jiménez, volvió el arma á su puesto, y echando pie á tierra ligeramente, se acercó lanzando una sonora carcajada.

—¡Buen susto me han dado, *caray!*—exclamó dando tregua á su risa.

—¡Pues á fe que á nosotros!—contestaron aquellos, riendo á su vez.—Pero nadie tiene la culpa más que este pendurria, —agregó X..... designando al pobre indio—que nos sorprendió con su presencia y con su espanto, señalando á vd. como á un egipcio; y como en esos momentos varaba la cañonera, y aun se oían los pasos del enemigo, la verdad, creímos que vd. era uno de ellos.

—Pues en poco ha estado que vdes., lo mismo que yo, fuéramos víctimas de esos *monos*: yo venía á dar aviso al Señor General, y tuve la necesidad de estarme escondido porque me venían cortando: toda la fortuna fué que luego que varó la corbeta, y á un *pitazo* dado á bordo, todos bajaron al río para reembarcarse. Esos pendurrias,—prosiguió con marcado tono de desprecio—no saben marchar por tierra, si no los van cuidando los cañones de *ese maldito tuerto*, que el diablo se ha de llevar.

\*\*\*

Permítaseme una ligera digresión antes de continuar este "recuerdo."

El *tuerto*, según he dicho ya, era como llamaban en Alvarado al Comandante de la escuadrilla francesa: se hizo odio-

so en aquella población, y lo mismo pasó donde quiera que fué con sus buques, como sucedió en Minatitlán, debido á su carácter grosero é insolente y á sus instintos crueles, feroces y sanguinarios.

Sólo nuestro antiguo conocido el Doctor americano John Seamon, á quien hemos perdido de vista ya, y el cual, como se recordará, permaneció en Alvarado cuando lo desocuparon nuestras fuerzas, pudo escapar á su zaña, debido al respeto á su nacionalidad, no obstante haberse burlado de él.

Seamon, durante los pocos días que estuvo allí, no se cuidaba de emitir públicamente su opinión respecto de los acontecimientos políticos que se sucedían en el país, condenando siempre la conducta de las naciones coligadas contra México, y con particularidad la de la Francia, á partir de los Tratados de la Soledad. Sobre todo, censuraba el poco tino que tenían las llamadas autoridades, *intrusas*, como él decía, para escoger los hombres de que se servían.

De todo esto tuvo conocimiento el Jefe francés, y libró orden para que el americano se le presentara á bordo de su corbeta.

El Doctor acudió al llamamiento, y en malísimo español tuvo lugar entre ambos el siguiente diálogo que es casi textual:

—Vd. se permite, señor, hablar mal de la expedición,—dijo el *tuerto*, mal comprimiendo su ira—cuando nosotros hemos venido á este país, tan bello y digno de mejor suerte, para regenerarlo, ¿comprende vd? Porque los hombres todos que representan al Gobierno de Juárez son inmorales, viciosos, ignorantes y malvados, y el Emperador—descubriéndose al pronunciar la palabra—el gran Emperador—continuó casi arrastrándola por la cubierta—quiere que bajo la bandera de Francia el pueblo mexicano sea grande y honorable. ¿Comprende vd?

—Sí, señor,—contestó el norteamericano con afectada convicción—y ahora confieso que no tengo razón, después de las

palabras tan bonitas que vd. me ha dicho. Ahora me explico por qué quita vd. á D. Pepe Ruiz que es un excelente *gentleman* y pone en su lugar á un tal Castellanos que, al decir de todos, es un excelente bribón; y en lugar de Gastañaga que bebe muchas copas al día, se confiere el mando de las armas á Cerezo, que es un borracho asqueroso y nauseabundo..... ¡Ah!—continuó Seamon antes que el francés lo interrumpiera.—¡Qué gran regeneración!

Y el americano inclinó la cabeza.

—¡Señor!—rugió el Comandante, rojo de ira como un cangrejo.—Si vd. pretende burlarse, sépase que si al Emperador Napoleon III le da la gana, hará que cuatro mil zuavos vayan á pasearse, con el arma al brazo, por todo el territorio americano.....

—Ya lo creo—interrumpió aquél con el aire de la más profunda convicción.—Como vd. puede ver por el uniforme que visto, soy Médico—cirujano del ejército del Norte, y por lo mismo conozco mucho á mi país, y puedo decirle que allí se goza de tal libertad, que no digo cuatro mil zuavos, sino hasta diez mil y los Cazadores de Africa además, pueden pasearse por toda la nación sin que nadie los moleste para nada.... pero. .... eso sí, quietecitos: en cuanto hagan mucha bulla ó cometan algún desorden, ó molesten al vecindario, el sherif, con la policía, los mete á toditos en la cárcel.....

El francés lanzó una especie de mugido al escuchar la andanada: comenzó á pasearse á grandes pasos, y luego, parándose de repente y mirando fijamente al americano:

—¡Va vd. á salir inmediatamente de aquí, y dentro de media hora abandonará el territorio de mi mando! ¡Sale vd. desterrado!—le dijo con tono amenazador.—¡Vd. se marcha con sus amigos!

—All right!—contestó el americano á tiempo de tomar la escala para embarcarse en la canoa que lo condujo á tierra.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Este episodio, que fué referido por el mismo Doctor á su llegada á nuestro campo de Salta Barrancas, donde fué dado de alta, lo confirmó más tarde,

\*  
\* \*

Prosigamos nuestro relato principal.

Los tres amigos volvieron á montar, y durante el camino Carbajal les refirió con mayores y completos detalles lo ocurrido en el campamento de San Jerónimo, lo cual referiré á su vez. Rióse del equívoco, tomándolo por egipcio, y explicó la causa de tal equivocación manifestando que, como la sección de vanguardia se componía de guardias nacionales de diversas procedencias, á excepción del 2º Activo que tenía uniforme de brin, los demás soldados se confundían entre sí, pues todos vestían de paisano. Que el Coronel Gómez, tanto para distinguir unos de otros, como para mejor organizar el servicio, había dispuesto que cada agrupación usara un color distintivo en el sombrero; y así los de Tlacotalpam usaban una faja blanca, azul los de Cosamaloápam, verde los de San Jerónimo y rancherías anexas, y que él, Carbajal, con los suyos, había adoptado el rojo, habiéndole ocurrido, para darse á conocer de sus subordinados, recortar el ala de su sombrero de paja, dejándole una especie de visera y cubriendo tanto ésta como la copa con *lacre*, lo cual hacía que apareciera como un casquete egipcio. Como su color era densamente cobrizo, con semejante atavío bien podía confundírsele en un momento de sorpresa, por un enemigo, tanto más, cuanto que por estar los caminos enfangados se había arremangado los pantalones y calzoncillos, quedando enteramente al descubierto sus piernas, cuyo color obscuro, desde lejos completaba el engaño.

En estas explicaciones llegaron á Amatlán, donde Jiménez y X..... eran esperados con ansia para saber á punto fijo lo que pasaba.

en la época del General García, D. José Antonio Ruiz, quien por entonces residía en un rancho de su propiedad á inmediaciones de Alvarado. Fué tema obligado de todas las conversaciones durante muchos días, admirándose algunos de que no la hubiera pasado peor el audaz Doctor.

—La cañonera se ha varado en Zopelicán, y los egipcios se han reembarcado: por hoy no habrá nada—dijo X ..... al Secretario de Gobierno en voz bastante alta para que lo oyeran cuantos allí se encontraban.—El Señor Comandante y yo lo hemos presenciado todo.

La noticia cundió con rapidez, la tranquilidad se fué restableciendo por momentos, y algunos curiosos se arriesgaron entonces á ir á ver la cañonera.

El Secretario dió parte por escrito al General en Jefe que ya se encontraba en Cosamaloápam, recibiendo al mismo tiempo los que le rindieron el Comandante militar y su Ayudante, presentándose luego D. Emeterio Ruiz, á nombre del mismo General para ratificar los hechos. Tres horas más tarde arribó el mencionado Jefe seguido del resto de su Estado Mayor y de cincuenta hombres de infantería de Tesechacán.

La noche se pasó sin novedad pero sin que nadie durmiera: se estableció una extensa línea de centinelas á lo largo de la ribera, y los oficiales hicieron el servicio de vigilancia en el camino. Hacia la madrugada divisóse confusamente á lo lejos un bote que parecía reconocer la profundidad del río; diósele el ¡quién vive! por el centinela más avanzado, y retrocedió violentamente.

La cañonera continuaba varada; pero se sabía por los conocedores del terreno que era muy fácil ponerla á flote, y se creyó que proseguiría su marcha una vez superado el obstáculo que la detenía.

### XXIII

Efectivamente: si alguna duda hubiera podido haber respecto de la situación poco crítica de la corbeta francesa, se habría desvanecido al siguiente día, puesto que entre seis y siete de la mañana comenzó á verse, avanzando la columna de espeso y negro humo que marcaba su marcha río arriba.

El General en Jefe dispuso que en el acto se diera aviso al

Comandante militar de Cosamaloápam, y al efecto envió al Capitán X..... con instrucciones para éste y para el Teniente Coronel García Terán.

El Capitán, seguido de su asistente, salió inmediatamente, y á pesar de un fuerte aguacero que en aquellos momentos comenzó á inundar los caminos, hacía correr su caballo atendido á que la cañonera sólo podía tardar un par de horas para llegar, y él apenas podría hacerlo con una anticipación de treinta y cinco á cuarenta minutos á lo más.

El mismo General se retiró de Amatlán con la fuerza bastante exigua de que podía disponer, reforzada durante la noche con la 2ª compañía del batallón "Sierra Juárez," situándose á la salidad el pueblo, emboscada la tropa, por si la infantería egipcia hacía algún desembarco para proseguir su marcha por tierra.

No fué así: la cañonera, al pasar frente á Amatlán, moderó sensiblemente su marcha, cual si tratara su Comandante de observar la actitud de sus habitantes; y luego volvió á avanzar con la misma rapidez que antes, no sin haber denunciado la presencia de un *práctico*, mexicano, que iba de guía, y el cual, bien conocido por desgracia, quedó ya marcado con el estigma de traidor, y sentenciado, por decirlo así, á muerte.

El Capitán X..... llegó á Cosamaloápam con toda oportunidad para comunicar las órdenes é instrucciones de que era portador, reducidas en concreto á lo siguiente: Que no se expusiera á la población inútilmente á un cañoneo que sería fatal, hostilizando á la gente que llevara la cañonera, en tanto que ésta permaneciera á bordo: que si el Jefe de la expedición pedía parlamento, se lo concediera, debiendo ser él quien bajara á la plaza enteramente solo: que toda proposición que tendiera á infamar el buen nombre de los costeños, fuera rechazada enérgica y terminantemente: que las tropas se cubrieran á distancia del río, en el caserío, según lo estimaran conveniente los jefes del punto, para defenderlo si la infantería enemiga desembarcaba, procurando arrojarla por

el camino del palmar hacia Amatlán; y por último, que si el Jefe de la expedición amenazaba bombardear la villa, sin intentar el desembarco, las autoridades y tropas se retiraran hacia el Cuartel general, haciendo responsable al Jefe invasor de las desgracias que pudieran ocurrir en una población que no hacía resistencia, y que quedaba inerme é indefensa.

En consecuencia de esto, el Teniente Coronel Terán estableció su tropa á espaldas de la iglesia parroquial, cuya situación le permitía batir al enemigo de flanco en caso de un desembarco y aproximación á la plaza principal; y el Comandante militar con el Capitán Banderas, el personal de la Comandancia y cien hombres de Chacaltianguis, del mismo Cosamaloápam, Ixmatalhuacán y otros Municipios, ocupó los corredores de las casas sitas en la misma plaza para abrir sus fuegos al frente y retaguardia, á fin de arrojar al enemigo tal como estaba dispuesto.

Pero nada de esto aconteció.

Cuando la cañonera hubo llegado á eso de las diez de la mañana, pidió parlamento, y el Comandante de ella obtuvo permiso para bajar á tierra, siendo recibido cortesmente por el Comandante militar, á gran distancia del lugar donde se encontraban las tropas: su llegada se redujo á *solicitar víveres*, y como no se le concedieran, regresó á bordo: momentos después la corbeta viró por redondo y regresó rumbo á Tlacoalpam.

A las doce del día tal parecía que nada había acontecido: las tropas regresaron á sus respectivos acantonamientos, y en la tarde la tranquilidad era completa en todo el Cantón.

Decíase que Maréchal se encontraba á bordo de la cañonera.

## XXIV

Fácilmente puede comprenderse, y así lo comprendieron el General en Jefe y todos los jefes, oficiales y tropa, que la *petición de víveres* no fué sino un pretexto, y que aquel paseo